



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XLII

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NUM 12183

PRECIOS DE SUSCRIPCION

En la Peninsula.—Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extra-
era.—Tres meses 11'25 id.—La suscripción se contará desde 1.^o
a 16 de cada mes.—La correspondencia a la Administración.

REDACCION Y ADMINISTRACION MAYOR 24

MARTES 24 DE JUNIO DE 1902

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de
fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette rue Cassanlin
61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 34.

Buen pensamiento

El espectáculo ofrecido el día 19 en el puerto de Cadiz, por el trasatlántico «Maria Cristina», llegado allí procedente de la Argentina, ha hecho nacer en la prensa periódica una aspiración: que sean repatriados unos cuantos millares de españoles que se encuentran en aquella nación sin tener que comer y sin esperanzas de aliviar su suerte.

Los pasajeros del «Maria Cristina», entre los cuales han venido muchos andaluces, catalanes y gallegos, cuentan y no acaban del estado misero de nuestros compatriotas. Al abandonar Buenos Aires recibieron de aquéllos el encargo de dar á conocer su situación y su deseo de que se les repatrie, y lo han realizado enseguida, añadiendo que la prueba de que los que tal piden no está exenta de razón, la dan ellos volviendo á la patria, desengañados de las ilusiones que les hizo concebir la carta del amigo que había tenido la suerte de hacer fortuna fácil ó el ofrecimiento del agente de la oficina inmigradora, interesado en aumentar el número.

Haciéndose eco de estas aspiraciones de los emigrados españoles en la república del Plata, ha publicado «La Correspondencia de España» un artículo que merece ser llevado á la práctica en la parte que sea factible.

Hé aquí el artículo:

UN PENSAMIENTO

«Cadiz 19, 3,20 t.

He estado á bordo del trasatlántico «Maria Cristina», llegado de la Argentina.

En la cubierta muchas familias andaluzas, catalanas y gallegas se muestran desengañadas de la emigración y traen el encargo, que cumplo gustoso, de pedir al primer periodista que fuera al buque, que haga saber al Rey Alfonso XIII que muchos españoles perecen en América en la miseria, y le suplican que inaugure su reinado dándoles medios para regresar á la patria.

Esperan obtener esta merced, y creen que si el Rey les concede venir todos los que lo desean. — *Mensajero.*

La lectura en «La Correspondencia de España» del anterior telegrama, pasada la primera impresión que me causó y que fué bien triste, me sugirió una idea que someto por conducto del popular y estimado diario citado, á la consideración de sus lectores y de los poderes públicos.

¿No se podría, me pregunté yo, á imitación de las colonias fundadas por Carlos III con extranjeros de la Carolina, fundar con esos compatriotas otras colonias, llamándolas la Alfonsina, que constituyeran la más hermosa memoria de la jura de la Constitución por Don Alfonso XIII?

Esos compatriotas nuestros, ¿qué fuorón á buscar á América? Trabajo remunerador que no encontraron en sus miserables aldeas. Pues proporcionémosles de verdad lo que fugidamente les ofrecieron los que se dedican á la trata de blancos; busquemos en nuestra despoblada España campos extensos, próximos á ríos, en clima benigno, y bajo la dirección de ingenieros, tanto de obras públicas como agrónomos; construyémosles viviendas modestas, higiénicas en terreno no muy accidentado, libre de inundaciones, con pendiente para la fácil evacuación de aguas sucias.

Dotémosles de predios de regadío, aprovechando el río próximo, cuyas aguas se procuraran nuevas turbinas para alumbrado; y un ferrocarril económico hasta la línea férrea de ancho normal, que se debe procurar, al elegir la comarca para la colonia, que esté próxima á una vía de tal orden.

Ingenieros agrónomos dirigirán la roturación del terreno y su cultivo, aplicando á las labores los últimos adelantos para que sirvan de modelo á los demás agricultores.

Sus especies cultivables deben ser las propias de la región y otras similares que se importen del extranjero y sean de gran consumo.

Mientras no se esté en productos, se pasará un jornal á los colonos, que en su día reintegrarán paulatinamente, así como el costo de las obras, semillas, maquinaria, aperos, etc.; pero en largos plazos y libras de contribuciones en veinte años.

Las viviendas, campos y aperos con la maquinaria quedará de la propiedad de los colonos.

Para realizar esa hermosa empresa deben otorgarse del Rey abajo todas las grandes compañías, ricos ciudadanos y el Estado, colocándose al frente un comisario regio que con inteligencia, método, constancia, autoridad y prestigio realice esa obra, que puede ser el comienzo de una gran etapa en la agricultura española.

P. DRO.

Como puede observarse, no se trata de repatriar por cuenta del Estado solo, si no por una gran empresa no de negocio á cuyo capital contribuirían desde el Rey hasta las empresas industriales de cierta importancia.

Que el Estado gastara dinero en la repatriación no sería justo. ¿Con qué derecho se repatriaría á los emigrados voluntarios de la República Argentina y se abandona á su suerte á los españoles de Cuba, Filipinas y Puerto Rico, que han pedido que el Estado les traiga á la Península.

Lo que puede ocurrir es que deseando hacer un bien se haga un mal, es decir, que una vez llegados á España nuestros compatriotas, ninguno sea hombre de trabajo y menos que nada, obrero agrícola.

Decimos esto, porque no ha mucho publicamos una carta de un periodista español de Buenos Aires, en la que decía nuestro compatriota que sólo los que saben trabajar la tierra para hacerla

producir y los que saben un oficio son los que pueden fundar esperanzas de encontrar trabajo en aquella república.

Sea como sea, y quitándole lo que es de pura fantasía, hay que llevar el pensamiento á la práctica.

Lo aconseja la conmiseración, pero lo impone con más fuerza la necesidad de aumentar las energías del país.

TIJERETAZOS

En los Estados Unidos se ha formado un trut de salchicheros que representa un capital de cinco mil millones de dólares. ¿Qué? ¿Tente lengua.

Se me iba á escapar la frase graciosa.

Y no están satisfechos los del trut. Aún esperan que se les unan los salchicheros desperdigados.

Y ahí tienen ustedes por donde en la tierra de la democracia y de la libertad no va á dar libre ni siquiera el chorizo.

Cinco mil millones de dólares en jamón, chorizos y salchicha. ¡Eche usted gracia!

Aquí hay también quien anda tras de formar un trut. Los azucareros.

Estos negociantes no pueden ver que nadie vive y muere por todos los caminos para alterar el precio de las cosas.

Después de todo el trut de los azucareros me tendría sin cuidado.

Con renunciar al dulce...

Pero puestos de moda los truts, pudiera formarse el del pan de regalo ó la patata y esos sí que nos pondrían á caldo.

Cuestión de latifundios, que á lo que se ve dan la lata en todos los septidos.

Según leamos, los generales boers que han combatido tan heroicamente por la independencia de su país, van á hacer un viaje al viejo continente.

Y no van á venir para coger aplausos y para darse pisto, sino á hacer una obra de caridad.

Es decir á promoverla. En el Transvaal y el Orange no bajado la guerra miles de familias arruinadas.

Hay gente que tiene ante un vista un porvenir de hambre.

Y los generales guerrilleros que han dado pruebas de muy cristianos y de muy valientes, quieren ver el modo de reunir dinero para remediar tanta desdicha.

¿Qué le parece á ustedes esa idea? Excelente verdad?

Y de resultados positivos.

Porque si el mundo que aplaudió á Botnia, sin darle ayuda porquese estaba prohibido, no le ayuda en sus buenas intenciones cuando es burló y es justo que le ayude y le muestre su aprecio, será cosa de renegar de él, proclamando que todo es mentira.

RESPIREMOS

Hemos salvado el cabo. Mejor dicho: el cabo se ha salvado del volcán.

El tal volcán ha resultado un fiasco de primera, que ha dejado totalmente sabido que anunció su llegada y en realidad nos que pusieron pies en polvorosa huyendo de la quema.

Todo el día de ayer estuvieron pendientes del volcán.

Si se abriera la tierra y saliera una barandilla de fuego, ¿estaban todos asustados de un individuo que se le ocurría orar á quien le dijera que se chupa el dedo y así se salva de un volcán? — le decíamos. — Eso es una comedia de polo. Ni habrá volcán, ni lava, ni cenizas, ni humo, ni nada que se relacione con esa clase de fenómenos.

¿Puede usted asegurar que es imposible que suceda?

Estos ignorantes son atropos, y se les ocurren estas preguntas que le dejan á uno con la boca abierta sin saber que decir.

Por lo demás, no les hablen ustedes de médicos cuando se encuentran malos, por-

Probad los Cognacs de HENRI GARNIER y C.

85 BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA

lidad de los hechos. El queso no se hace con agua pura. El cambio, la libre investigación, el pensamiento libre son una cosa muy distinta; cualquier peligro puede afrontarse á trueque de adquirir una convicción. Y vosotros, lo mismo que vuestros padres, habéis seguido un camino falso. Os lo aseguro. ¡Viva la libertad del pensamiento!

Aquella obscura cantina parecía mis lóbrega que nunca, y la lámpara que había encima de la mesa parecía que daba una claridad más tibia; el humo cubría los cuadros que colgaban de las paredes. Debajo de la ventana, en el patio, un mendigo cantaba la *Siles Regina*, y en las pausas que hacía en su canto, tocaba una triste melodía en el violín. Apodoseé de un sentimiento singular. Yo prestaba entera fe á las palabras de nuestro joven maestro, y sin embargo me parecía que lo que él había dicho no podía ser por ningún estilo el concepto esencia de la vida. Me faltaba algo... y contra mi voluntad, se apoderó de mí un vivo sentimiento de deseo, y de consiguiente, dominado por el vino y por las sensaciones del momento, pregunté en voz alta:

—¿Y no nos habéis de las mujeres? Una mujer que nos ama, que se nos abandona, ¿no es algo en la vida?

Selim empezó á cantar:

84 HANIA

trado... y se acabó la comedia. Así pasa, jóvenes, ni más ni menos que así; os lo garantizo bajo mi palabra de honor. No tenéis necesidad de creer en todas las tonterías que se os dan á entender. La ciencia, bueno es que lo sepáis, es el único terreno estable por donde se puede andar; y por añadidura, ocupándose de cosas científicas se tiene la ventaja de poder andar tranquilamente por todas partes con los zapatos rotos, y de dormir sobre un modestísimo jergón. ¿Me habéis comprendido?

—¡A la prosperidad de la ciencia y vuestra salud! —prorrumpió Selim, cuyos ojos centelleaban como dos carbones encendidos.

Nuestro profesor pasó los dedos por entre sus enormes crines, vació otro vaso de vino, dió algunas chopadas al cigarrillo y expelió por la nariz dos enormes nubes de humo; y después prosiguió:

—A lado de las ciencias positivas... Selim, tú ya estás borracho... Decía pues que al lado de las ciencias positivas brota la filosofía, brota el libre pensamiento de la vida de un hombre. Mas yo prefiero las ciencias positivas á la filosofía, de la cual merio sencillamente porque sólo trata de tonterías; únicamente en apariencia trata de buscar la verdad imitando en esto al perro que da vueltas buscando su propio rabo. Yo, hablando en general, no puedo soportar las tonterías; me atengo mucho más de buen grado á la rea-

81 BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA

las nuevas verdades, ya no tuve ocasión ni tiempo para pensar en Hania, cuyo recuerdo al principio no me había abandonado ni un sólo instante. Sus cartas alimentaban el amoroso fuego que ardía en mi pecho; pero comparada con la infinidad de pensamientos que bullían en mi cerebro, nuestra vida de campo pacífica y solitaria se me parecía cada vez más mesquina é insignificante; y hasta la figura de Hania se me fue apareciendo cada vez más confusa.

Por su parte, Selim seguía con paso igual al mío por ese camino, y pensaba en cosas que ya en Hania, puesto que solía complacerse en mirar á la ventana de en frente, á las nuestras; desde entonces ocasión de ver á una muchacha, á una tal Sotomayor, á quien empezó por dirigir miradas curiosas y luego adelantó la cosa que uno y otra contentan por estar mirando todo el día como dos pájaros encerrados cada uno en su jaula.

—¿O ella ó ninguna otra? —decía Selim con inquebrantable firmeza.

A veces se tiraba en la cama con intención de estudiar; pero luego de repente arrojaba el libro al suelo, saltaba de la cama, se abanicaba y giraba riendo como un loco.

—¿Y, Josefina, ¿cuánto te quieres? —decía.